



VISTA DE LA MUESTRA
CON LA PIEZA
THE OTHER, 2006.
A LA DERECHA

EXPOSICIONES

Las individuales en Europa, EE.UU. y Asia de Matthew McGaslin (Bayshore, Nueva York, 1957), que expone por cuarta vez en Madrid, forman un largo listado desde 1982. Destacan sus intervenciones en el Whitney Museum, MoMA, el Dallas Museum o el Sprengel Museum de Hannover. Es conocido por sus instalaciones de componentes eléctricos, vídeo y objetos cotidianos.

Matthew McGaslin suspendido en el espacio

JAVIER LÓPEZ. JOSÉ MARAÑÓN, 4. MADRID. HASTA EL 28 DE OCTUBRE. DE 7.875 A 27.560 €

De vez en cuando una expedición científica se adentra en una selva recóndita y clasifica algunas nuevas especies de pájaros, de anfibios o de orquídeas, pero eso no significa que el hombre, las incontables generaciones que han habitado el planeta, no hubiera apreciado antes su belleza. Pasaron los tiempos de los descubridores y de los exploradores: los nuevos territorios ignotos están en el cosmos y los osados expedicionarios del mañana serán los astronautas, los que navegan entre los astros. Cualquier aficionado a la astronomía lo sabe (basta asomarse a la web de la NASA o de nuestro Instituto de Astrofísica de Canarias para comprobarlo): los paisajes más grandiosos, extraños y fascinantes están en el llamado "cielo profundo". Las imágenes que las nuevas tecnologías nos ofrecen son, aunque basadas en mediciones reales, falsas. La observación del espacio a través de rayos X, infrarrojos y ultravioletas es refinada y "traducida" a colores que dejen ver con mayor claridad los detalles, produciéndose una especie de intervención pictórica sobre las fotografías. Matthew McGaslin sabe esto, y ha imaginado un planeta abrasado por una estrella demasiado cercana en el que la vida se perpetúa en forma de un campo de flores de co-

lores alterados, brillantes, alucinógenos, bajo un firmamento oscuro. La atmósfera protectora ha desaparecido, y el viento solar agita las endebles briznas de hierba.

La instalación que ahora muestra consta de ocho pantallas, cuatro de ellas agrupadas. Estas últimas muestran el despegue de un transbordador estadounidense que parte simultáneamente hacia los cuatro puntos cardinales (también hay un

imperialismo espacial). En el techo, un astronauta flota en el espacio, y escuchamos lo que creemos su respiración pero es en realidad la grabación radiofónica de los suspiros de un oyente en un consultorio. La imagen adquiere así un matiz de escapismo, y orienta la interpretación de las otras dos pantallas, un primer plano de la esfera ardiente de una estrella y una puesta de sol infinita, inmóvil, sobre el mar (que recuerda a cuadros

de Munch): dos visiones hipnóticas que provocan la suspensión. El contexto tecnológico o científico tiene un sustrato emocional e incluso espiritual. En otras ocasiones McGaslin ha querido recrear los circuitos vitales a través de circuitos eléctricos, y son multiformes sus reflexiones sobre la caducidad y la regeneración en la naturaleza. Aquí nos plantea qué significa estar en el Universo y cómo reaccionar ante sus incomprensibles fuerzas y magnitudes. Asuntos trascendentes a los que el artista se acerca sin pedantería pero tal vez sin el suficiente calado. Y esto es así quizá porque no ha logrado dar a su visión la rotundidad plástica necesaria. Hay que visitar la exposición por la noche, pues de esa manera se apreciará el efecto de la luz negra sobre la sala, que aún así no parece suficientemente intenso. Por otra parte, la presencia en el suelo de pedazos de poliestireno blanco, aislante térmico que tiene aquí coherencia argumental, se integra mal en el conjunto. Y el viejo modelo de videoinstalación en forma de yuxtaposición de monitores (que combina escultura objetiva e interacción de imágenes) parece demasiado simple para nuestros días si no hay una circulación visual elaborada.



Colección Caja Duero

Fondos Clásicos

Badajoz
del 16 de septiembre al
31 de octubre de 2006

Museo de Bellas Artes
de Badajoz
C/ Duque de San Germán, 3



ELENA VOZMEDIANO